

La Capilla Sixtina

¡AY DE LOS VENCIDOS!

Un periódico de Barcelona hablaba en su página editorial de la necesidad de que todos los que vivimos en las provincias de Occidente tuviéramos derecho a elegir al Presidente norteamericano. Al fin y al cabo, lo que haga o no haga este señor afecta a toda la Humanidad, y sobre todo al 50 por 100 de Humanidad nacida dentro del coto occidental. La broma del diario barcelonés reflejaba en cierto sentido el clima de «cosa nuestra» con el que hemos vivido las elecciones norteamericanas.

Mayoritariamente, el país era «macgovernita», porque mayoritariamente el país es liberal... con respecto al destino político de los USA. Pero tampoco faltan en España los «nixonianos». Secretamente, en su mayoría, han mantenido su apoyo incondicional al Presidente bombardeador y han callado hasta saber el resultado de las elecciones. Pero una vez sabido: ¡Ay del vencido!

El jefe de empresa que había soportado los comentarios «macgovernitas» de sus empleados ha retomado las riendas de la Historia y conduce el carro con gesto desafiante y amenazadoras maneras para los prisioneros de guerra. Encarna me ha contado una deliciosa historia que le ocurrió a un amigo suyo que trabaja en un periódico. El chico había ido soltando «macgovernitis» por aquí y «macgovernitis» por allá y nadie le había dicho nada hasta el día en que se conoció la aplastante victoria de Nixon.

Ese día, el chico recibió una carta del empresario en la que se le comunicaba que estaba despedido. El buen hombre había perdido el «oremus», porque hay una legislación laboral vigente y no se puede despedir, que uno sepa, por no tener simpatías históricas por el Presidente Nixon. El despedido invocó este principio laboral y el empresario se quedó perplejo.

—¡En qué país vivimos! ¡Se puede atacar impunemente al Presidente de los Estados Unidos y un empresario no tiene derecho a despedir al culpable!

—Ya ve usted.

—¿No me dirá que no es una injusticia?

—Probable. Ya sabe usted cómo van las cosas.

—Siempre seremos el furgón de cola.

—No hay remedio.

—Bueno. Quédese. Pero no hable de política internacional. Le castigo a escribir editoriales sobre lo mal que está la legislación laboral presente. Hable usted de la necesidad del despido libre.

—No me da la gana.

—¿Por qué?

—Porque entonces usted me podría despedir sin más.

—¡Queda usted despedido por no querer escribir un artículo sobre la necesidad del despido libre!

—No puede despedirme.

—¡En qué país vivimos!, etcétera, etcétera.

No sabía Encarna cómo acabó la cosa, pero ya me han llegado varias noticias sobre represalias ejercidas por los «nixonianos» sobre los «macgovernitas».

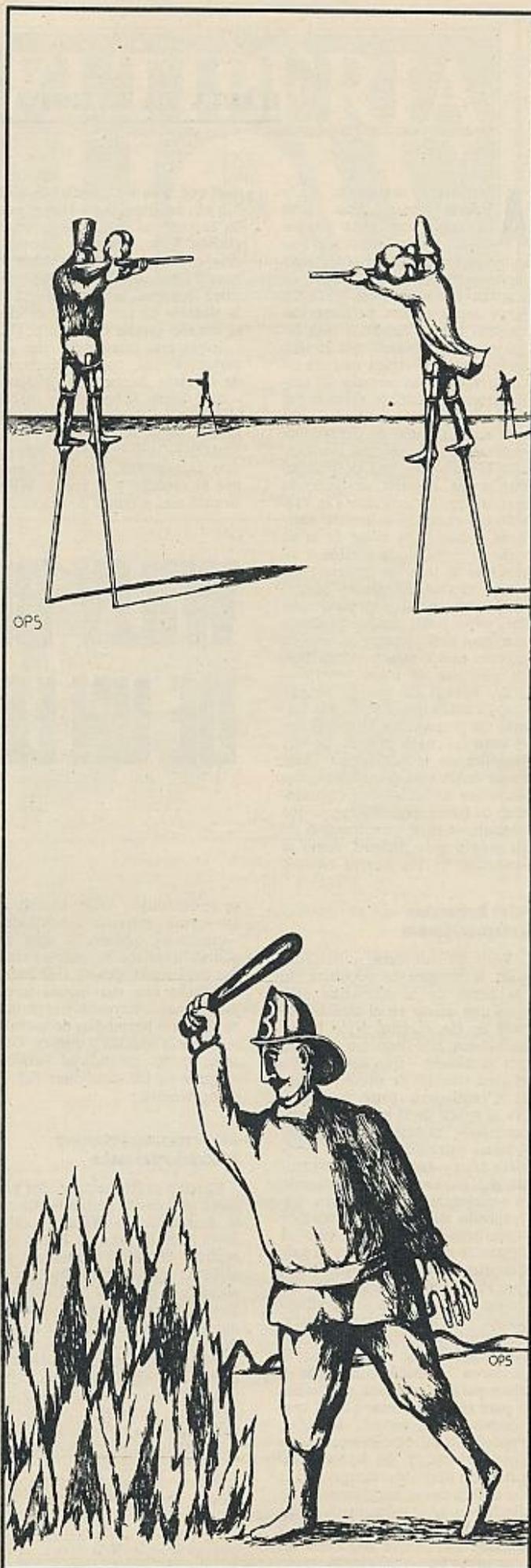
—La cosa es temible —la decía yo a Encarna—, porque esto ha sido una boda con la democracia por poderes. Imagínate tú si llega algún día la noche de bodas. Por lo visto u oído, el «¡Ay de los vencidos!» se promete intranquilizante. En la actitud del empresario en que tú me hablas no funcionaba en realidad una mecánica de solidaridad ante Nixon y lo que representa, sino una reacción a la vista de que había ganado una persona cotidianamente impugnada por su periódico.

—Pero toda la prensa europea ha sido «antinixonina», y eso por el simple hecho de contar la verdad de lo que hacía y no hacía Nixon.

Uno se siente tentado a reflexionar, más que sobre esta peripecia concreta, sobre la división entre víctima y verdugos. ¿Será este un principio biológico histórico, fundamental e inextirpable? Encarna, en cambio, se me iba hacia conclusiones de «delirium» cachondo y me proponía con mucha guasa que ya tenemos dos asociaciones políticas que proponer: Asociación Democrática Macgovernita y Asociación Democrática Nixoniana.

—¿Usted a cuál se apuntaría, don Sixto?

—Yo me voy a hacer un seguro de entierro.



SIXTO CAMARA